

Los inicios

Mi infancia son recuerdos

No pudiendo decir como Antonio Machado “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero...” diré que los míos son de la casona del abuelo Valderrama en el Pasaje de la Encarnación en el centro de Lima, donde también vivíamos nuestros padres y nosotros, cinco hermanos hombres bastante próximos en edad. Con la imaginable delicadeza de nuestros juegos, nos hicimos conocidos en la cercana Asistencia Pública del Jirón Washington, equivalente a las actuales emergencias de los hospitales. Afortunadamente, las cosas no pasaron de tratar fracturas, costuras de heridas y los sustos de nuestros padres. Pero tuvimos el regalo de infancias muy felices, esencialmente por los padres, pero también por el afecto de los abuelos, tíos y primos que se congregaban en mesas y sobremesas en las que nosotros al escuchar, terminábamos por aprender cosas de viajes, política del país y del mundo que difícilmente emergía de la Segunda Guerra Mundial y también, especialmente, de la vida de estudio y trabajo de la familia.

Barrer corrales y leer

Cumpliendo ocho años mis padres empezaron a adquirir, con gran esfuerzo, una casa en Chaclacayo. Mi madre, siempre activa, separó un espacio retirado del amplio jardín en el que hizo instalar unos sencillos corrales. Llegamos a tener bastantes pollos, gallinas, patos y hasta conejos. En algunos metros cuadrados, hizo un huerto que producía increíbles cantidades de zanahorias, cebollas, cayhuas y otros vegetales. Su preocupación principal era alimentar a cinco hijos hombres que crecían al ritmo de su casi insaciable apetito.

Como no hay almuerzo gratis, era indispensable dar una mano. Tuvimos que barrer y limpiar corrales, alimentar los animales, recoger huevos, sacrificarlos lo más humanamente posible, pelarlos, abrirlos y cortarlos. A cambio, aprendimos que era un trabajo honesto y ninguno sufrió ni estudió más o menos por hacerlo. Además, gozamos una década de vegetales frescos y aves y conejos deliciosos. Lamento que hijos, nietos y sobrinos no hayan disfrutado de esas ni parecidas inolvidables experiencias.

Mi padre habilitó como escritorio y biblioteca, una habitación separada de la casa por un bonito claustro. Como persona cultivada, nos impulsaba a la lectura y nunca nos faltaron Salgari, Verne, Dickens, Mark Twain, y muchos más; y sus libros de derecho, historia y poesía a los que accedíamos libremente. Recuerdo la impresión que, aun casi niño, me produjo uno titulado “Libro Blanco del Terror Nazi en Europa”.

Colegio y Universidad

A los cinco años seguí a Ricardo y Víctor, mis hermanos mayores, al Colegio Recoleta de la Congregación de los Sagrados Corazones de religiosos franceses, donde habría de pasar trece años. Por mi dedicación como estudiante, también tuve colegio de verano, el Guadalupe, donde repetí cursos de matemáticas, física y química. Pero, me fue bastante bien en gramática, historia, geografía, literatura, inglés y francés. Con lo ingrato que suele ser el estudiante con sus profesores, reconozco ahora que casi todos eran muy buenos y les debo gratitud. Fueron años estupendos. Los amigos magníficos y en recreos y final de clases

disfrutábamos reñidas partidas de fulbito y hándbol y, cuando tocó, dar unas pitadas a cigarrillos que eran por entonces el peor vicio imaginable.

Como muchos, no tuve certeza sobre lo que quería hacer en la vida. De niño historiador, por un breve tiempo obispo y cercano al final del colegio, militar. Finalmente, me decidí por el derecho, pensando también en la diplomacia. Por el trabajo de mi padre, como Director Gerente del Touring y Automóvil Club por muchos años y posteriormente como primer Representante de la OEA en el Perú, conocimos muchos extranjeros y diplomáticos. Encontraba fascinantes sus conversaciones sobre países, viajes, problemas y más, que nos ayudaron a entender que el mundo es mucho más grande que el ombligo que tantísimos peruanos insistimos en mirarnos todo el tiempo.

Creo que ingresé a la Facultad de Letras de la Universidad Católica, en parte, porque en el examen oral me pidieron leer y comentar un verso de José Santos Chocano. Cierto es que me agradaba la poesía y desde los diez años, por empeño de mi padre, me divertía en aprenderlas y a estas alturas no me desagrada verificar que aún recuerdo muchas. Tras leer la primera línea, aparté el texto y seguí recitando hasta el final. Pero también Enrique Torres Llosa, hombre culto y bueno por excelencia, me había orientado en la preparación de los exámenes. Fueron dos años muy gratos por los temas, los amigos y los admirables profesores. Las magistrales lecciones de historia de Raúl Porras Barrenechea, la versación humanista de Onorio Ferrero, los esfuerzos de Mario Alzamora Valdez por introducirnos en los vericuetos de la metafísica, la manera de explicarnos la importancia de las palabras de Luis Jaime Cisneros y la dedicación del Padre Felipe McGregor para que entendiéramos la necesidad de la ética, son lejanas pero muy valiosas memorias.

Los cinco años de la Facultad de Derecho fueron agitados, pues coincidieron con los inicios de mi trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores y, por un tiempo, con la incipiente Academia Diplomática. Y muy entretenidos porque si no hice las cosas tan bien como debía, trabajé, aprobé los cursos y me hice “multitasking” sin saber que era y no hubo un minuto aburrido. No sé qué más se podría pedir cuando estaba al comienzo de mis años veinte, y guardo enorme gratitud por eminentes profesores como Raúl Ferrero Rebagliati, Domingo García Rada, Guillermo Velaochaga, Carlos Rodríguez Pastor y otros y el viejo afecto a los muy buenos amigos de veinte años de mi vida. No hubo oportunidad de enseñar en mi alma mater, pero hice conferencias y siempre me he sentido cerca de ella. Agradezco profundamente que el 2011 decidiera honrarme como ex-Alumno Distinguido.